

Buenas perspectivas

La próxima campaña estival viene como otrora coronada ya por los más risueños presagios. Así podemos por el momento asegurarlo a través de los datos e informes que, sin el menor esfuerzo, van captando nuestras antenas.

La afluencia turística puede que hogañó alcance, a tenor de la cada día más copiosa demanda, una cifra superior a la muy respetable que a la ciudad se ofreció en la pasada temporada.

Aparte de la mayor capacidad de hospedaje que vamos a disponer en el presente y, aunque con mucho no será la que en principio parecía que nos habíamos propuesto, existe en esta ocasión la posibilidad, algo más acentuada que en algunas anteriores, de que las primeras llegadas se anticipen unos días a las fechas que hasta hoy parecían tradicionales.

Tanto o más, pues, que la cantidad, y mientras nuestras disponibilidades e instalaciones no nos permitan incrementar la calidad, nos interesa hoy por hoy el nuevo factor por el cual parece que la próxima temporada contará con la adición de unas cuantas fechas.

Muchos problemas e inconveniencias que hoy tenemos planteados obedecen en su inmensa mayoría al corto plazo que rige todavía nuestras campañas. Es quizá por eso que acogemos esta noticia con el mayor júbilo, otorgándole con estas líneas el subrayado que, a nuestro juicio, bien merece.

Arcoya

LAS DESPEDIDAS

Cuando, valiéndonos de la fantasía para evocar tiempos pasados, retrocedemos desde el ocaso hasta llegar a los primeros años de nuestra existencia, pásannos muchas veces inadvertidos ciertos matices, ciertos floreos, ora alegres, ora sentimentales, del preludiar juvenil.

Logra hoy en nuestra mente un tinte enternecedor y simpático a la vez el recuerdo de las despedidas, del adiós, que imperaban en lejanos días cuya fisonomía tanto ha cambiado el batallar de la febril generación presente.

Difícil era, en verdad, en otras épocas sus traerse a la profunda tristeza que acompañaba a las despedidas de los seres más allegados, de los parientes y aún de los amigos predilectos. Innegablemente no eran aquellas tales para que uno pudiera librarse de la melancolía que engendraba la separación o de los peligros de una prolongada ausencia.

Hoy, en cambio, las evocadas despedidas han perdido mucho de sus rigores. Vánse, en efecto, animosos nuestros deudos y amigos. El triste «te vas y me dejas» parece haberse esfumado entre lejanas y descoloridas nubes. Los inventos han logrado allanar las dificultades que podían detener a unos y acobardar a los que sabían mucho de la amargura de las distancias. Hoy día alcanzar las más remotas regiones es cuestión de horas.

Hoy suelen reirse al pronunciar el adiós los que se van y los que se quedan; no es como antes que podía provocar uno de los actos más tristes de nuestra existencia porque el momento en que se dirigía la última palabra a un ser querido, o la postrer sonrisa bañada en lágrimas eran sumamente dolorosos y sumergían a los corazones en honda melancolía.

La despedida de un esposo no provoca resquemores ni expone a enfriamientos ni a posibles crisis; la de una esposa está exenta de incertidumbres y suele ir acompañada de una bocanada de perfume que envuelve por completo a su consorte. Ambos saben que el mundo se ha achicado y que la batalla de las distancias puede resolverse en unas horas.

Quedan sin embargo algunas despedidas no exentas de desconsuelo o por lo menos de sinsabor. Triste y muy triste para una madre resulta dar el adiós al hijo querido, cuyos primeros pasos fueron por ella vigilados, cuyas primeras emociones por ella fueron advertidas y cuyos primeros dolores alivió con el bálsamo de su ternura. Sigue la madre, como antes, agitando su pañuelo bañado en lágrimas y en su adiós se encierran el recelo y un amor infinito. Tal vez —piensa— la desgracia malogre la obra de mis desvelos y pierda al ser que más amo en mi vida. Esta es sin duda la despedida que conserva el sabor de las de antaño, sin atender al optimismo que ofrecen los adelantos.

Hay otra que según parece no ha variado. Reparemos en la de los enamorados (los hay todavía) los cuales no aciertan a despedirse. Intentan repetidas veces decirse la última palabra sin lograrlo.

Una tercera despedida no ha cambiado tampoco. Es esta la de las muchachas que se emplean en el servicio doméstico, las cuales, hoy como ayer, unas veces por su culpa, otras por culpa de los demás, suelen realizarla maldiciendo el día que entraron en la casa, mientras los dueños detestan la fecha en que las recibieron en su familia.

Pero las demás, por regla general, cambiaron su fisonomía, incluso las que caracterizaban a los entierros. La despedida en tales actos luctuosos solía, en nuestros años juveniles, correr a cargo de un ciudadano que pronunciaba una patética oración en memoria del difunto. Esta última, en nuestra localidad, solía confiarse a un agente de la funeraria, y no por reiterada carecía de sentimiento y de elocuencia. Desde que la civilización ha ido oponiéndose a tales normas, el duelo se despide en la primera esquina en las grandes ciudades y en la puerta del cementerio en las de menor importancia, con un simple saludo.

Cambian los tiempos y a los presentes hay que amoldarse. ¡Bienvenido sea el adiós optimista, con frecuencia alegre y placentero que nos trajo el siglo de la velocidad!

J. Soler Cazeaux